

JUAN MARICHAL

LA FORJA DE UN REBELDE

HOMBRES de España, / ni el pasado ha muerto, / ni está el mañana / —ni el ayer— escrito". Con estos versos de Antonio Machado inicia Juan Marichal el prólogo de su libro sobre Azaña. Y en ellos creo que queda reflejada admirablemente la intencionalidad de la labor historiográfica de Marichal.

Nacido en Santa Cruz de Tenerife en 1922, su trayectoria biográfica fue marcada decisivamente por la Segunda República y por los posteriores acontecimientos históricos que lo llevaron al exilio. Tenía nueve años cuando llegó la República. Sus familiares venían con mucha frecuencia a Madrid, donde tenían intereses comerciales. En 1935 fijan su residencia en la capital de España. Juan Marichal continúa en Madrid su estudios de Bachillerato cuando estalla la guerra civil.

A su término, la familia Marichal ha de abandonar España. Fija su residencia en París, donde Juan Marichal se inscribe en un Liceo para proseguir sus estudios.

—Yo sentía una gran admiración por Francia. La cosa venía de mi familia, que era muy francófila. A una prima mía le pusieron el nombre de Alsacia. Sin embargo, he de decirle que mi experiencia francesa no fue positiva. En seguida me chocó la actitud de mis compañeros del Liceo, que eran burgueses, sí, pero de los que no esperaba un derechismo tan virulento. Me encontré con una Francia que no concordaba con mis ideas anteriores.

Soplan malos vientos para Francia con el peligro nazi encima. Una vez más, Marichal ha de cambiar de sitio. Ahora marcha a Casablanca.

—Allí reanudé mis estudios y terminé el Bachillerato francés. Fueron dos años, del cuarenta al cuarenta y dos, inolvidables. Casablanca era un oasis de paz y convivencia, en contraste con lo que sucedía en Europa. Era una ciudad cosmopolita, llena de refugiados de todos los puntos de Europa: republicanos españoles, fugitivos del nazismo y del fascismo, judíos centroeuropeos... Culturas, lenguas y religiones convivían en un ambiente de gran tolerancia. Me impresionaron mucho las familias de judíos sefarditas, que en aquella ciudad del entonces Marruecos francés man-

tenían vivísimo su sentido de la españolía.

Pero, una vez más, hay que cambiar de sitio.

—A Casablanca llegó una comisión alemana para hacerse cargo del territorio, según lo estipulado en el armisticio franco-alemán. Alemania no llegó a hacerse cargo de Casablanca, pero la situación se empezó a poner peligrosa para los refugiados. Empezaron a producirse misteriosas desapariciones. Había, pues, que marcharse. Embarcamos con destino a América en un buque portugués, que iba cargado de republicanos españoles y judíos centroeuropeos, prácticamente mitad y mitad. Viajaba en el barco don Niceto Alcalá Zamora.

»Los españoles estábamos muy unidos, a pesar de las grandes diferencias ideológicas entre republicanos, socialistas, anarquistas y comunistas. Recuerdo que durante el viaje murió un oficial español de la Marina Mercante. Al día siguiente, por la mañana, una mañana clara y despejada,

celebramos la ceremonia mortuoria antes de lanzar a las aguas del océano el féretro. Allí estábamos todos los españoles del barco. En aquel momento emocionante, todos nos sentimos unidos, pertenecientes a una misma comunidad, a pesar de las diferencias. Presidió el acto don Niceto, que en el viaje nos dio a todos ejemplo de solidaridad y de unión, compartiendo las incomodidades de aquellos momentos difíciles.

»No, no nos olvidábamos de España. La teníamos muy presente, pues era al tiempo nuestra actualidad y nuestra perspectiva de futuro. En aquellos momentos, todo tenía un tremendo aire de provisionalidad. Marchaba uno de un lugar a otro, pero siempre España en el horizonte de nuestras vidas. En mi caso personal, me encontraba con la papeleta de tener que dar una orientación a mi vida, pues me había llegado el momento de cursar una carrera universitaria. Fue entonces decisivo el consejo de don Blas Cabrera, también canario, físico de

fama internacional, que viajaba en el barco. Don Blas me aconsejó que estudiara lo que de verdad me gustara, pues esta era la única forma de hacer algo en la vida. Seguí sus palabras y me decidí estudiar, en México, Filosofía y Letras, que era lo que me gustaba, a pesar de que esta carrera prometía muy poco desde el punto de vista económico.

»Aquella era una gran Facultad. Tuve la suerte extraordinaria de tener como profesores a lo más escogido de las Universidades de Madrid y de Barcelona. Si yo me hubiera quedado en España, aun en circunstancias normales, no hubiese tenido tan extraordinarios maestros. Sin olvidar a los grandes profesores mexicanos, como O'Gorman, maestro insustituible para el conocimiento del pensamiento iberoamericano. De los profesores españoles guardo especial recuerdo de don José Gaos.

»Desde el punto de vista económico, fueron tiempos difíciles. Al tiempo que estudiaba, tenía que trabajar dando clases. Apenas me quedaba tiempo para dormir.

Juan Marichal, con su esposa, Solita Salinas; José Luis Cano y el pintor canario José Manuel Toribio.





Mis profesores me aconsejaban que procurara irme a los Estados Unidos, donde los estudios hispánicos eran muy florecientes y el porvenir económico era más despejado. Finalmente, obtuve una beca para estudiar en la Universidad de Princeton, con don Américo Castro, uno de mis grandes maestros, con influencia decisiva en mi formación intelectual. Allí escribí mi tesis doctoral sobre el padre Feijoo, que me interesaba mucho como precursor de la tradición liberal española, en la que me siento integrado. Luego me quedé dando clases en Princeton como ayudante de don Américo.

Tras muchas vicisitudes, Juan Marichal se siente estabilizado en la vida, tanto desde el punto de vista humano como profesional. En los Estados Unidos se casa con Solita Salinas, hija del gran poeta español Pedro Salinas. En 1949 empieza a enseñar en el Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de Harvard. Finalizados sus contratos, marcha a otras Universidades norteamericanas, pero siempre acaban por reclamarlo desde Harvard, donde actualmente es catedrático de Literatura Española.

Pero a todo esto, ¿y España? ¿Ha prescindido Marichal, en las urgencias inexorables de la vida, de sus vinculaciones de origen?

—No, en absoluto. Para mí —he de reconocerlo—, los azares del exilio han desembocado en expe-

riencias afortunadas y enriquecedoras. Dicho de otra forma, el exilio no ha sido para mí una experiencia frustrante. La verdad es que, vistas las cosas desde cierta perspectiva, me siendo muy agradecido —¿qué quieres que te diga?— a España. Sí, porque si bien es cierto que los acontecimientos españoles me catapultaron fuera de mi Patria, también es cierto que la universalidad, la vitalidad, la expansividad de la cultura española me convirtieron en el exilio en el legatario afortunado de una fabulosa herencia histórico-cultural, que ha llenado mi vida y a la que creo haber aportado algo.

Marichal se mueve un poco a caballo entre la Historia y la crítica literaria. Le pregunto cuál de estos aspectos ha incidido con mayor fuerza en su obra.

—Creo que los aspectos críticos e históricos de mi obra son inseparables. Además considero que, en puridad, son aspectos complementarios de cualquier análisis solvente de la realidad humana. Así, en mis cursos de Literatura presto especialísima atención al entorno social-histórico en que se produce la obra literaria. Y cuando enseño Historia, pongo énfasis en una cosa tan importante como es el estilo. Precisamente, mi primer libro se tituló «La voluntad de estilo», y es un análisis totalizador del ensayismo desde una doble perspec-

tiva: la del historiador de la literatura, que centra su atención primordial en la singularidad expresiva del autor que estudia, y la del historiador de la cultura, que considera los textos como testimonio fiel de una época.

«La voluntad de estilo» apareció en España en 1957. Dos años antes, Marichal había vuelto a España por primera vez desde que tuvo que exiliarse. Luego ha repetido sus viajes con cierta frecuencia. Actualmente se encuentra en disfrute del año sabático.

—¿Qué sintió al regresar a España por primera vez después de tantos años de ausencia?

—Una enorme emoción y ninguna extrañeza. Sentí como si hubiera regresado a casa. A pesar de la distancia y de los acontecimientos, había seguido paso a paso desde América todo lo relacionado con el pensamiento y la literatura españoles.

La Segunda República ha tenido una influencia decisiva en la trayectoria biográfica de Juan Marichal. Y también en su obra de investigación histórica.

—Mire usted, el periodo republicano constituye sin duda alguna una época de las más interesantes de la Historia española. Piense que en aquellos cinco años coexistieron tres generaciones de la importancia de la del noventa y ocho, la de Ortega y la de García Lorca. La cultura española alcanzó entonces un nivel creador difícilmente repetible, una universalidad y originalidad que nos parecen ahora increíbles dentro de un abierto clima de renovación espiritual. Si unimos a los factores intelectuales los acontecimientos políticos, hay que concluir que la Historia española de los años treinta alcanza una densidad y un dramatismo singularísimos.

Fruto de su interés por la República es la edición de las «Obras Completas de Azaña», que iban precedidas de sustanciosos prólogos, recogidos posteriormente en el volumen «La vocación de Manuel Azaña». Actualmente, Marichal continúa sus estudios históricos sobre la República, para lo que cuenta con una beca Guggenheim.

—Las dos figuras políticas republicanas que más me interesan son don Manuel Azaña y don Juan Negrín. En Azaña veo al hombre de letras, al escritor en la políti-

ca. En Negrín, al hombre de ciencia, al que los acontecimientos llevan a la acción política.

Marichal ha editado también los ensayos, el teatro y la primera edición poética de las obras de Pedro Salinas. La segunda edición poética la ha llevado a cabo su mujer, Solita. En su bibliografía hay que destacar «El nuevo pensamiento político español», aparecido en 1966, conjunto de ensayos que se refieren a las ideas políticas surgidas en España desde el término de la guerra civil (Tierno Galván, Aranguren, Vicens Vives, Giménez Fernández, etcétera). Ahora tiene en preparación un volumen que titulará «Generaciones y semblanzas liberales».

—Será un análisis histórico de la tradición liberal española en los siglos diecinueve y veinte. El pensamiento liberal español ha tenido y tendrá gran importancia en la Historia de España, y de él han de subir valiosas incitaciones para el futuro democrático de España. He de aclarar que cuando hablo de la tradición liberal española, no me refiero a un contenido doctrinal concreto, sino a un talante y una actitud de renovación en la convivencia, adoptado por los mejores intelectuales del país, para encarrilar el destino nacional. Desde este punto de vista, creo que un Tierno Galván, por ejemplo, puede incluirse en esa tradición liberal, con independencia de los contenidos socialistas de su doctrina política.

«Considero muy importante y positiva la aparición en estos últimos tiempos de un pensamiento católico liberal. Desaparece así el pernicioso enfrentamiento de las dos grandes tradiciones del país, la liberal y la católica.

—¿Tiene fe en el más reciente pensamiento español?

—Mucha. El pensamiento de la nueva generación intelectual (Eliás Díaz, Miguel Martínez Cuadrado, por citar unos nombres) se fundamenta en algo que me parece básico: un conocimiento directo y empírico de la efectiva realidad española. Ya no plantean, como los intelectuales de preguerra, el problema de España en general, sino los concretos problemas del país. Problemas que analizan a la luz de la más rigurosa conceptualización de las ciencias sociales. ■ PEDRO FERNAUD.